

La Cruz de Aneto

Cuando a iniciativa del Presidente del Centro Excursionista de Cataluña, se acordó la celebración del 75.º aniversario de la fundación de la Sociedad con la erección de una monumental Cruz en el pico culminante de los Pirineos, vinieron a mi memoria los vigorosos versos de nuestro poeta Verdaguer en su poema «Canigó». Al contemplar el soberbio macizo no es de extrañar que las fibras de su corazón montañoso vibrasen intensamente y al recordar leyendas populares que dieron el nombre a la Montaña, ante aquellos gigantes peñascos se desbordara su fantasía, viéndoles en sus ojos de poeta, como productos de transformación de unos seres que, por su falta de caridad, fueron maldicidos por el Divino Caminante.

Han transcurrido 30 años desde la última vez que había tenido ocasión de visitar la región central del Pirineo y cuando se acordó la organización del Campamento Hispano-Francés, me vinieron grandes deseos de intentar la ascensión del pico gigante.

El 5 de Agosto llegamos a la Renclusa y a poca distancia del Refugio del Centro se fué formando un extenso Campamento en el que se levantaron 42 tiendas.

En los primeros días, el tiempo no favoreció a los heroicos montañeros que a cuestras subieron las distintas piezas que componían la Cruz, algunas de las cuales pesaban 18 kilos, pero felizmente el día 11, un cielo espléndido les permitió el total montaje y al día siguiente pudo ser bendecida la Cruz en el propio pico, celebrándose la Santa Misa oficiada por el Rdo. P. francés Henri Lefranc, asistido por dos seminaristas españoles. El Sagrado Oficio fué seguido



El pico de Aneto, con sus 3.404 mts. es la máxima altitud de la cordillera pirenaica.

(Fot. J.M. P.)

con fervor por 75 montañeros; algunos de ellos recibieron el Pan Eucarístico.

El día de la bendición permanecí en el Campamento y allí, el Rdo. Jaime Oliveras también celebró, en la capilla de la Renclusa, ante la imagen de la Virgen de las Nieves, el Oficio Divino.

No quería abandonar el Campamento sin ver la Cruz en el pico gigante y dos días después, a las 6 de la mañana, con mi hija y otros dos jóvenes montañeros emprendimos la ascensión.

El Campamento quedaba envuelto por una espesa capa de niebla y los contornos indefinidos de las tiendas parecía como si estuvieran flotando sobre un mar de nubes.

A medida que ganamos altura observamos con alegría, en la parte superior una atmósfera diáfana que nos permitía ver la silueta de los picos de la Maladeta y de Alba.

La falta de agilidad de mis músculos obligaba a frenar el ímpetu juvenil de mis compañeros, pero a medida que íbamos ascendiendo, los continuos saltos por aquellos peñascos amontonados caóticamente, con los cuales podría ser construida una gran ciudad, unido a la ilusión de alcanzar otras vistas maravillosas, dieron elasticidad a mis músculos y me sentía rejuvenecer.

Llegamos al Portillón superior y en la necesidad de un pequeño descanso, saqué la cabeza por la brecha con la esperanza de saludar al coloso que intentábamos vencer.

El cuello de Coronas vomitaba una rápida corriente de niebla azotando al majestuoso pico de Aneto, cuya silueta se dibujaba a intermitencias por entre delgadas capas de neblina; el contacto de los vapores con el gigante pirenaico parecía producirles una repulsión y huían a gran velocidad por el lado de Barrancos.

Descendimos por la estrecha canal del Portillón alcanzando rápidamente el glaciar. Profundas trazas se dibujaban en la nieve, demostración de la gran cantidad de montañeros que habían transitado por allí durante los últimos días y sobre la nivea blancura se destacaba el sendero como una línea trazada sobre un plano enorme.

Una ligera capa de hielo cubría la superficie del glaciar y obligaba a dar de firme con el pie para romperla; todas las grietas permanecían cerradas por lo que atravesamos el glaciar sin encordarnos, confiando únicamente con el piolet, pero a medida que aumentaba la inclinación de la superficie debíamos extremar las precauciones para evitar un suceso desagradable en caso de deslizamiento.

El cuello de Coronas seguía vomitando oleadas de niebla y admirábamos el soberbio espectáculo de aquellas furias desencadenadas que jugueteaban formando caprichosos arabescos delante de Aneto.

Al llegar a Coronas me encontraba en la necesidad de reponer fuerzas pero un frío intenso no favorecía el estarse parado y decidimos continuar con la ascensión de la vertical pala que une el collado con el punto culminante.

No creímos necesario calzarnos los crampones porque los que nos precedieron en los días anteriores habían formado profundas huellas y bastaba la precaución de empujar fuertemente la punta de la bota para subir los peldaños formados.

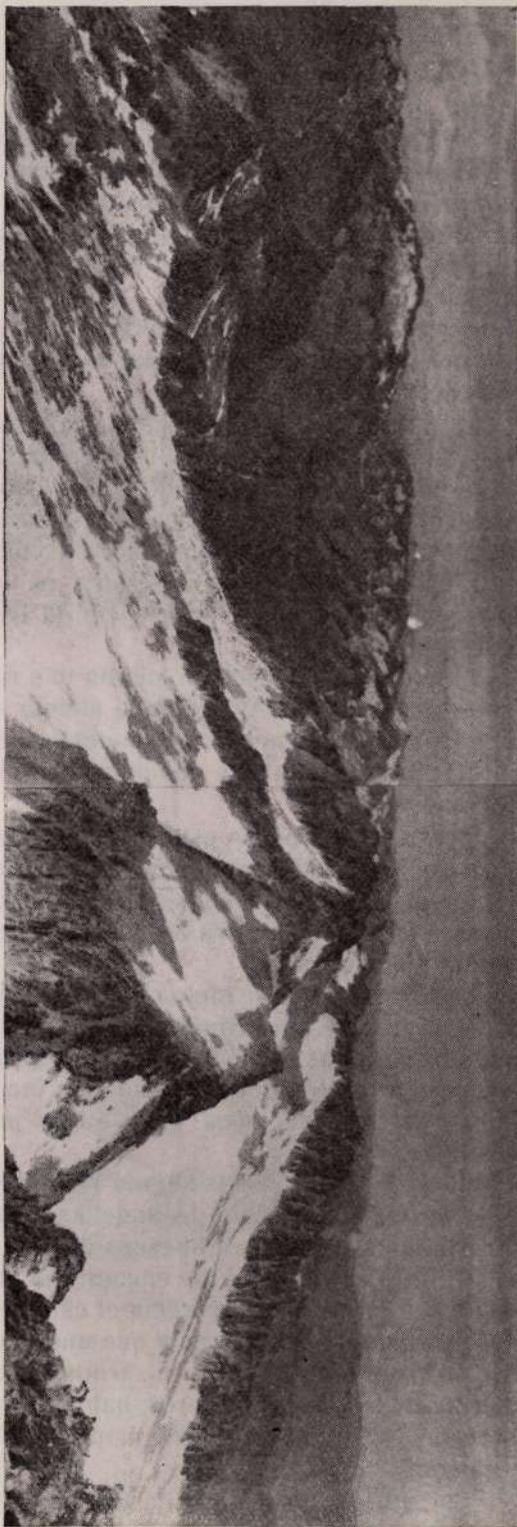
El recio ejercicio a que había obligado a mis músculos me forzó a pararme

continuamente para tomar aliento y cuando logré llegar al final de la pala y pisar roca, me tumbé unos minutos pues lo necesitaba. Mi corazón latía fuertemente pero no había motivo para alarmarse pues seguía firme.

Me encontré delante del Puente de Mahomet y mis recuerdos de antaño, siempre había tomado a broma la dificultad de su paso, pero he de confesar que, en esta ocasión, me impresionó profundamente. Estaba a punto de desistir de atravesarlo y dejar que mis jóvenes acompañantes lo hicieran solos, pero una fuerza irresistible me empujaba a seguir adelante, haciéndome ver que habrían sido bien inútiles los esfuerzos hechos hasta entonces si este obstáculo me había de privar de vencer al coloso. Me agarré fuertemente a las rocas, sin grande estilo por falta de agilidad, asegurando las presas, colgando el cuerpo tan pronto hacia el lado de Coronas como al de Barrancos y si bien el fondo del primero quedaba oculto por la niebla, el otro lado de la pared me dejaba ver la profundidad de la vertical y me hacía estremecer al pensar en la posibilidad de un resbalón. Pero las rocas son firmes y a medida que avanzaba iba aumentando mi confianza.

Al pasar delante de la pequeña cruz de hierro que manos piadosas colocaron allí para recordar la tragedia del año 1916, vino a mi memoria la narración que hizo en el Centro el Rdo. Jaime Oliveras, uno de los actores de la misma, cuyo

Panorámica obtenida desde el Aneto el día de la erección de la Cruz. En primer término a la derecha, montañeros cruzando el «Paso de Mahoma». Encima, a la izquierda, el glaciar del Aneto entre los picos de Coronas, del Medio y Maladeta. Al fondo el Perdiguero y sector de Estós.—(Fot. J. M. P.)



recuerdo emocionante no podremos borrar nunca de nuestra mente, cuantos asistimos al acto.

Pasado el escollo que hizo tambalear mi decisión, puse victoriosamente los pies a la cima, si bien no pudimos disfrutar de la magnífica vista de un mar de picos y sierras, que en tiempo claro hacen de ese sitio un balcón único.

Ténues pero constantes ráfagas de niebla envolvían el pico y no querían premiar nuestro esfuerzo permitiéndonos contemplar aquellas vastas regiones a placer. Con todo no podemos quejarnos en absoluto pues aquel movimiento rápido de vapores en columnas que se sucedían unas a otras, también tenían su belleza.

Conociendo por experiencia lo traidores que son a veces en estas alturas, no creímos prudente permanecer largo tiempo en la cima; firmamos en el libro y nos paramos unos momentos al pie de la monumental Cruz que yacía en el suelo, aunque cuidadosamente colocada en espera de la oportunidad para poder cimentarla, pensando si me será posible verla erguida majestuosamente por encima del soberbio gigante para que con sus brazos extendidos proteja a todos los montañeros.

La visión de la Cruz en aquellas soledades, me embargó de una emoción profunda y, rezando una oración de gracias al Todopoderoso por haberme permitido hollar nuevamente la cima querida, hice votos para que la Cruz erigida, como Símbolo de la Redención, bendiga aquella Montaña y haga desaparecer para siempre la maldición que, según la leyenda popular, pesa sobre ella.



Momento del Santo Sacrificio al pie de la Cruz recién erigida.
(Fot. J. M. P.)

ANTONIO PACH

DEL

CENTRO EXCURSIONISTA DE CATALUÑA

Agosto de 1951.